

DOMENICO DEL RIO

KAROL EL GRANDE

HISTORIA DE JUAN PABLO II

Prefacio de Luigi Accattoli



Prefacio

Este libro –que se publica póstumo– es la obra maestra de Domenico del Rio. En ella se llega a una síntesis del ejercicio de crítica y admiración hacia la figura del papa Wojtyla que el autor elaboró durante veinticinco años, a lo largo de los cuales alcanzó una progresiva percepción del personaje y una inmejorable calidad de prosa.

Conocí sus trabajos y en parte los compartí. Nuestras conversaciones sobre Juan Pablo II comenzaron el día de su elección como Papa y finalizaron apenas cinco días antes de la muerte de Domenico, el 26 de enero de 2003, tres meses después de haber entregado esta obra al editor. Conocí a Domenico en diciembre de 1975 en los locales en preparación del diario *La República*, donde se estaba experimentando el “número cero” del periódico en vistas al desembarco en los quioscos, fijado para enero de 1976. Domenico tenía diecisiete años más que yo, aunque como “vaticanista” era mi vice, ya que era un novato del periodismo. Hacía apenas un año había obtenido la reducción al estado laical y se había casado con Janja. Domenico tenía casi cincuenta años y había vivido buena parte de ellos en la Orden de los Frailes Menores, donde se había ocupado –bajo la supervisión de la familia franciscana– del Concilio y de las misiones. Hay alguno que conserva todavía en su biblioteca su hermosa obra titulada *San Buenaventura de Bagnoregio*, publicada en 1973 por la editorial Antoniana en vistas al centenario bonaventuriano, para la cual el padre Evangelista Del Rio había preparado el plan de obra y el proyecto gráfico.

Domenico y yo llegamos a ser amigos. Él sabía más; yo me movía con mayor libertad y compartíamos nuestros descubrimientos. La amistad se extendió a las familias: Domenico fue padrino de Bautismo de uno de mis hijos.

No fue difícil estar de acuerdo sobre Pablo VI. Ambos amábamos al hombre pero estábamos desilusionados con la segunda fase de su gobierno. Imaginábamos que el cambio de pontificado traería un relanza-

miento de la expansión conciliar, pero el Papa polaco nos descolocó y nos introdujo en un largo conflicto interpretativo, que para nosotros duró diez años y desembocó en una obra escrita “a cuatro manos”: *Wojtyła, el nuevo Moisés*. Un conflicto que creo fue fructífero tanto por el éxito del volumen como también para el desarrollo de la literatura sobre el pontificado.

El trabajo común en el diario *La Repubblica* no alteró nuestra amistad. La división de tareas fue dictaminada por el director, Eugenio Scalfari, que apreciaba “la prosa” de Domenico y mi “sentido político”: “Tú haces la interpretación y Domenico el retrato”. Otras veces, yo me encargaba de la crónica y mi amigo, de darle “color”. La separación de funciones respondía a las aptitudes. Las mantuvimos incluso en el libro y jamás discutimos por ello. Nos alternábamos para el seguimiento de los viajes del Papa. En 1981 pasé al *Corriere della Sera*. Ahora también él se veía obligado a interpretar los hechos y yo debía meterme en el personaje. Permanecíamos juntos durante los viajes y nos enfrascábamos en largas discusiones acerca de las jornadas papales.

Domenico se sentía atraído por la fuerza del personaje de Juan Pablo II y sus gestos simbólicos. Alababa apasionadamente al Papa que descendía las gradas del presbiterio de San Pedro para abrazar a un grupo de discapacitados en sillas de ruedas y mientras tanto discutía –en Manila– porque había venido a ver los miserables alrededores de Tondo pero en realidad “no podía ver nada de Tondo”. A mí me interesaba la proyección misionera del pontificado que, pensaba, explicaba todo esto. Ambos apreciábamos las ansias apostólicas de Juan Pablo II; sin embargo, temíamos la actitud simplificadora que lo llevaba a privilegiar la acción sobre la reflexión.

Apuntando hacia el apostolado y poniendo juntas las apreciaciones y las reservas escribimos aquel primer libro a dos voces. Discutimos largamente la idea, convencidos de que la prensa no había captado al personaje: ni aquella que lo describía como un restaurador en el gobierno de la Iglesia ni la que lo exaltaba como un Papa político. Sobre todo, no nos satisfacía la interpretación “binaria” –todavía mayoritaria– llevada a cabo desde el principio por el mundo anglosajón: un pontificado progresista en el mundo y conservador en la Iglesia.

El título del libro surgió de una propuesta de Domenico; estaba fascinado con la posibilidad de comparar a Wojtyła con los grandes Pa-

pas del pasado y hasta con Moisés. También el título de la última obra, tiene ecos de aquella fascinación; pero –como veremos– la utilización del vocablo “grande” responde aquí a una nueva intención.

Aunque con acentuaciones diferentes, nos parecía haber captado al personaje y el alma del pontificado. Domenico y yo permanecemos fieles a aquella primera interpretación de conjunto desarrollándola en ensayos y biografías redactadas separadamente durante quince años, hasta llegar a esta obra donde de nuevo, de manera inesperada, volvemos a presentarnos juntos.

Yo no tenía noticias del último libro de Domenico. Me había hablado de él en una visita que yo le había hecho en el hospital Gemelli, donde había sido internado el 21 de enero pasado. No informó a nadie de su internación, no quería visitas. A la pregunta: “¿Quieres pedir alguna cosa a alguien?” respondió: “¡Al Papa! ¡Quisiera hacer saber al Papa que le estoy agradecido! Trata tú, si puedes, de hacerle saber que le agradezco con humildad la ayuda que me dio para creer. Yo tenía tantas dudas y dificultades... Me ayudó la fuerza de su fe. Viéndolo creer con tanta fuerza entonces también yo me esforzaba un poco. Esta ayuda la recibía al verlo rezar, cuando se metía en Dios y se veía que ese meterse en Dios lo salvaba de todo. Escribí un librito sobre la fe del Papa que titulé *Zarza ardiente*. Allí está explicado lo que entiendo por ‘ponerse en Dios’. He tratado de actuar como él. No superé las dudas, pero ya no las he tenido en consideración. Es como si las hubiese encerrado en una bolsa y abandonado poniéndome en Dios, como he aprendido del Papa. Por esto le estoy agradecido. De nadie recibí tanta ayuda como de su fe”. Luego le pregunté si quería decirle algo al Papa referido a su pontificado. “¡No! No quiero abrir juicio”, respondió. “¡Pero tú y yo hemos hecho tantos juicios en nuestros artículos y libros, escribimos cinco libros sobre el Papa!”, puntualicé. “Ya lo sé”, admitió con la expresión aguda que lo caracterizaba. Y me contó que hacía poco había entregado esta obra a las Paulinas y cómo quería que fuese titulada.

“Aparecerá después”, continuó, haciendo un gesto con el brazo como quien indica el paso del tiempo. “Esperemos que mantengan el título, porque a veces lo cambian. Se titula *Karol el grande*”. “¡Habrá juicios!”, observé. “Sí, habrá juicios, pero llegarán después de *Zarza ardiente* y están inspirados en aquellas reflexiones sobre la fe del Papa”.

Terminada la misa de despedida de Domenico en la iglesia de San Joaquín y Santa Ana, en Roma, parroquia a la que pertenecía, transmití esta conversación llevada a cabo en el hospital Gemelli y la Hna. Olimpia, de las Paulinas, me envió las pruebas de esta obra con el pedido de un prefacio. Lo leí y me pareció claro el camino recorrido por el querido amigo y hermano.

Después de *Wojtyla, el nuevo Moisés*, Domenico había reestudiado los viajes papales en *Wojtyla. Un pontificado itinerante*, y los gestos y palabras de Juan Pablo II, en *Floreccillas del Papa Wojtyla*, focalizándose cada vez con mayor precisión en el hombre hasta descubrirlo detrás de la pantalla del personaje. En *El huerto de Dios. Historia del Papa Wojtyla*, la búsqueda del hombre en el Papa se basaba en los escritos literarios anteriores a su elección, en particular las poesías, utilizadas como filtro interpretativo de la acción pontifical. Finalmente en *Zarza ardiente. Retrato de Karol Wojtyla*, Domenico profundizaba sobre la oración y la fe de Juan Pablo II con la idea de encontrar en ellas el último porqué del pontificado.

Estoy convencido de que las seis obras sobre el Papa publicadas por Domenico son, sustancialmente, seis redacciones sucesivas de un mismo libro, y que en éste último ha llegado a su redacción definitiva. Es como si hubiese mandado cada tanto a éste o aquel editor el *file* (“archivo”) pero en cierto modo incompleto y manteniéndolo en proceso en su computadora.

Karol el grande, como decía al inicio, es una síntesis de todas las líneas de una larga búsqueda conducida por la cabeza y el corazón. Los hallazgos no son de poca monta. Podemos señalar, además, una novedad respecto a *Wojtyla, el nuevo Moisés*: ya entonces Domenico afirmaba que “la grandeza es la señal que caracteriza a Wojtyla”, pero que ella surgía de la fuerza con que el Papa desafiaba al mundo; aquí, en cambio, esa grandeza se origina “en la pasión por revelar al mundo que lo más grande que puede haber sobre la tierra es el amor de Dios”. En la página más crítica de *Wojtyla, el nuevo Moisés*, Domenico describía la “magnífica e imponente seguridad” de Juan Pablo II, peregrino apostólico, y agregaba: “Por contraste, hay quien piensa en el desgarrador fracaso del Hijo del hombre”. Aquí, en *Karol el grande*, ya no se denuncia ese “contraste”; por el contrario, se destaca una fuerte similitud entre “el viejo, frágil e incansable Pontífice anunciador del Evangelio” y Cristo, que lleva la cruz.

En esta obra, el cambio de juicio o enfoque con respecto a los libros precedentes –y especialmente con respecto al primero de ellos– se descubre fácilmente en cada capítulo. Me limito a señalar quizás el más revelador, debido, en parte, al proceso de madurez del biógrafo. En *Wojtyła, el nuevo Moisés*, Domenico atribuía al Papa la convicción de que “el mundo moderno no tiene necesidad de una Iglesia que se golpee el pecho, recordando sus pecados”. Aquí, en cambio, nos presenta con admiración “la figura de un Papa evangélico, orante, penitente, que perdona”.

Con esta obra maestra Domenico nos entrega tres regalos: el retrato del Papa que ha estudiado durante un cuarto de siglo; su sentimiento franciscano de la Iglesia, ya no contrapuesto sino adaptado a una aventura pontifical extraordinaria y la identificación orante con el hombre Karol Wojtyła, por quien con tanto esmero se hizo historiador y retratista. Domenico redactó la obra entera después de que le detectaran el tumor. Por lo tanto, invito al lector a descubrir –casi en cada página– la atención que le dedica al Papa que se “mete en Dios”, como me dijo en su último saludo, con una expresión que se podría decir audaz y que yo nunca había escuchado. Nos lo describe “seducido por Dios”, “inmerso en la oración” y “en el gran silencio de Dios”. El autor advierte sobre el Papa “el inclinarse de Dios”, lo descubre con “ganas de Dios” y destaca su manera de permanecer “inmóvil durante horas, perdido en la meditación”. Así procede a lo largo de toda esta obra, hasta cuando concluye –en la página más significativa de este escrito– con la afirmación de que “ahora, cualquiera que tenga ojos para ver, sabrá, verá, que el Papa es una zarza ardiente”.

Estoy contento de estar en el bautismo de este libro de Domenico que nace huérfano. Quedará para otra ocasión el saludo a todos en su nombre, como me pidió que hiciera en el último momento. Y de manifestar la admiración que siempre he alimentado por el don que tenía: la de buscar el alma de la persona. Otros habrán interpretado el pontificado; pero ninguno –creo yo– contempló más profundamente la oración del cristiano Wojtyła.

LUIGI ACCATTOLI

Introducción

¿Quién sabe si la historia no hará uso, en el futuro, del adjetivo “grande” en el mismo sentido como lo hizo en el pasado?

La historia ha contemplado varios Papas que fueron calificados con el adjetivo “grande”: León Magno, Gregorio Magno, Nicolás el Grande. Eran tiempos antiguos. Esa grandeza se remonta a tiempos lejanos, con la fascinación que despiertan ciertas épocas históricas quizás no muy bien definidas.

Claro, llamar “grande” a un Papa en este tiempo de sucesos inestables, puede parecer adulator. Sin embargo alguien ya lo llamó así, no ahora sino hace unos años, cuando el pontificado de Karol Wojtyła se presentaba mucho más incompleto que ahora. No era precisamente un adulator quien lo definió así. Era nada menos que un semanario, el *Time* de Nueva York, que en 1994 elegía a Juan Pablo II como el “hombre del año” y daba la siguiente explicación: “*Sus ideas son muy diferentes de aquellas de la mayor parte de los mortales. Son más grandes*”. Un hombre tiene ideas grandes; luego, es grande.

Charles Péguy exclamaba en su obra “Juana de Arco”: “*Sería necesario algo nuevo, algo nunca antes visto. Pero ¿quién osaría afirmar, mi Dios, que pueda existir algo nuevo después de veinte siglos de cristianismo?*”.

Pero nosotros, los que vivimos en este siglo recién iniciado hemos visto algo nuevo; este siglo que, al igual que el que acaba de finalizar, parece ya signado exteriormente sólo por la tragedia, el odio, la violencia, la maldad. Nosotros hemos visto a un hombre, a un Papa, a Karol Wojtyła, cuya pasión, cuya obsesión es revelar al mundo lo más grandioso que puede haber sobre la tierra: el amor de Dios. Vemos a un hombre —ahora muy limitado— “atrapado” por Dios, como decía el profeta Jeremías.

Un hombre que dentro del mundo cristiano sufre y se apasiona por la unidad de los fieles de Cristo, hasta el punto de mostrarnos la posibilidad de una manera diferente de ejercer el Primado de Pedro;

un hombre que en el mundo de los creyentes en Dios, llama al recogimiento de todos los fieles para que la tierra no se vuelva extraña a su Señor y Creador.

Un hombre que parece estar siempre más al centro del fluir de nuestra historia: una historia también política, aquella que lo hizo aparecer como un liberador de su patria, Polonia, sacándola del régimen soviético e iniciando el derrumbe del imperio comunista. Una historia que él presenta al mundo como los antiguos profetas de Israel; una historia que es una combinación de hombres, de pueblos y de Dios: la historia de la humanidad, que en cierto modo es la historia de la vida de Dios.

Por esto recorre, infatigable, en itinerarios a veces increíbles, los caminos de la tierra, único “líder” religioso y político, para gritar el valor de la paz y de la hermandad, para implorar como un mendigo la limosna del amor entre los hombres. No soporta que existan en el mundo concesiones que postulen la idea de la violencia como madre de la historia. Sostiene que las guerras y el odio retardan el diseño de la historia que contempla la unidad final de todos los pueblos en Cristo.

Son las grandes ideas de Karol Wojtyła, quien renuncia además a transmitir una imagen de grandiosidad histórica de sí mismo: un Pontífice que en Asís convocó a los representantes de todas las religiones para implorar por la paz; un Pontífice que en el Jubileo del año 2000, en la mayor de las iglesias cristianas, San Pedro, arrodillado en oración delante del crucifijo, pidió perdón por todos los pecados y crímenes llevados a cabo por los cristianos en los siglos pasados; un Pontífice que, en el Coliseo, el lugar donde padecieron los primeros mártires cristianos, recordó el dolor de las multitudes que en el siglo pasado fueron testigos de la fe, de la justicia o de la caridad; un Pontífice que ahora está sentado en la cátedra de san Pedro con su sufrimiento físico a costas como en un Calvario, pero aún viajero apasionado por el mundo, participando conscientemente no sólo del dolor de los hombres sino también de la redención que —él lo sabe— nace del arrepentimiento. Aunque sea sólo por estas ideas, aunque sea sólo por estos signos, ¿no podemos atrevernos, anticipándonos a la historia y sin caer en la adulación, titular este libro *Karol el grande?*

d.d.r.

CAPÍTULO I

Los tristes años de juventud

Asuntos de la Iglesia y de la sinagoga

— ¡Hola, Jurek!

— ¡Salud, Lolek!

Jurek dejó en el suelo el paquete de libros atados con una cinta.

— ¿Te pesan los libros? —, preguntó Lolek.

No, no le pesaban, pero Jurek no tenía ganas de sostenerlos.

— ¡Ufa!, exclamó.

Estaban delante de la escuela. Dos niños altos, delgados. Esperaban que se hiciera la hora de entrar a clases. Allí se encontraban todas las mañanas. “Lolek” era el diminutivo de Karol, y quería decir “Carlitos”. Jurek era, a su vez, el diminutivo de Jerzy. Significaba “Jorgito”. Eran casi siempre los primeros en llegar a la escuela.

— Mi padre lo hace a propósito, me despierta más temprano de lo necesario —, rió Jurek. Miró a su amigo y comentó:

— Tú también pareces un poco dormido.

— No, estaba en la iglesia.

Como todas las mañanas, Karol ayudaba en la misa.

— Pero entonces duermes siempre una hora menos —, le dijo Jurek.

— Sí, algunas veces tengo que correr para llegar a tiempo al altar. Las devotas ya están en los bancos y me miran mal. A veces tengo que decir las oraciones de la mañana por el camino. Por suerte la iglesia está cerca. ¿Y tú, vas a la sinagoga?

— No todas las mañanas. Sólo los sábados. También yo debería decir las oraciones de la mañana, pero muchas veces me olvido.

— ¿Qué dices? —, preguntó Lolek, curioso.

— ¡Oh, una de nuestras oraciones! ¡Tenemos tantas! Y debemos aprenderlas de memoria.

— ¿Por ejemplo?

— Por ejemplo ésta que hay que recitar apenas levantados: “Bendito seas tú, Señor, que plasmas la luz y creas las tinieblas, que con misericordia iluminas la tierra y a aquellos que la habitan... Que el cielo otorgue gran paz, socorro y redención”.

— Hermosa—, comentó Lolek.

— Yo en una iglesia no entro—, aclaró Jurek.

— ¿Tu padre no te lo permite?

— No, pero es así...

— A mí me gustaría entrar en una sinagoga.

— Tendrías que ponerte una *kípá* sobre tu cabeza.

— ¿Y qué es?

— Un sombrerito para cubrir la coronilla...

— ¿Ustedes hablan de Jesús en la sinagoga?

— ¡No!—, negó Jurek, tajante.

— Entre nosotros, en la iglesia, el sacerdote habla de Moisés, del faraón, del rey David.

— ¡Ufa! ¡Qué aburrido eres!—, cortó Jurek.

En ese momento pasó cerca de ellos Halina, la belleza de la clase. Era la hija del director de la Secundaria masculina. Todos los niños le hacían la corte.

— ¡Buen día, Halina!—, saludó Karol levantando la mano.

— ¡Hola!—, dijo Jurek, y corrió para tirarle de las trenzas rubias.

— ¡Bruto!—, gritó Halina haciendo una mueca. Y atravesó rápidamente el portón de la escuela.

También para los dos niños había llegado la hora de entrar. Jurek levantó su paquete de libros y Lolek ajustó los que llevaba a la espalda a modo de mochila. En clase, compartían el mismo banco.

Un poco de historia patria

—Jerzy, ¿estudiaste Historia? ¿Quieres contarme algo sobre la última guerra y la liberación de Polonia, nuestra patria?

El maestro se detuvo frente al banco y miró fijamente al niño mientras esperaba una respuesta.

—Mi padre combatió en la batalla del Vístula, intervino Lolek mientras se ponía de pie de un salto. —Además, continuó, —yo nací durante la guerra.

—Lo sé—, dijo el maestro. —Yo sé que tú conoces la historia, pero quisiera escucharlo de Jerzy. ¡Siéntate!

Jurek se levantó. Había estudiado Historia.

—“Durante la Revolución Francesa Polonia había sido borrada del mapa geográfico de Europa”—, comenzó a recitar de memoria Jerzy. “Y las potencias limítrofes se repartieron nuestra patria, permaneciendo así hasta la Guerra Mundial de 1915-1918.”

—¿Y después?—, volvió a preguntar el maestro.

—“Después, en 1920, nuestro Jefe de Estado, el mariscal Józef Piłsudski, detuvo con nuestro ejército el avance de la armada rusa hacia Varsovia gracias a la gran victoria sobre el río Vístula. Finalmente firmó el tratado de Riga, obteniendo la liberación de la patria del dominio de Austria y de Rusia”.

El maestro parecía satisfecho. Jurek era un niño vivaracho y se preocupaba por el estudio, aunque a veces le pesaran los libros en la mano. Por otra parte, era hijo de un conocido abogado, Wilhelm Kluger, que además era presidente de la comunidad hebrea local.

Nacimiento con eclipse de sol

El pueblo se llamaba Wadowice y estaba 50 kilómetros de Cracovia, la espléndida ciudad real. El camino que las unía corría a través de colinas verdes, salpicadas con algunas casas de campesinos y bosques en las alturas. Los montes, los grandes montes Cárpatos en los límites con Checoslovaquia estaban detrás, en el horizonte. El camino se ensanchaba y entraba al pueblo hasta llegar a la gran plaza. Un pequeño río de aguas claras, el Skawa, atravesaba el poblado. La plaza central era grande, con algunos árboles, delimitada por viejos palacios

Índice

Prefacio	7
Introducción	13
I. Los tristes años de juventud	15
II. Los hombres y las piedras	23
III. Comienza una vida	31
IV. Comienzo en el campo	39
V. La Hostia sobre la barca	45
VI. El piso de la Catedral	51
VII. Entre una multitud de obispos	55
VIII. Shakespeare en el Vaticano	63
IX. La muerte de los Papas y la historia de los cónclaves	69
X. El Papa llega del Este	77
XI. Intervalo soviético	83
XII. Un grito en plaza San Pedro	87
XIII. El salto hacia el mundo	91
XIV. Atentado en plaza San Pedro	101
XV. El secreto del pozo profundo	113
XVI. Los caminos del itinerante (I)	121
XVII. El Papa en la sinagoga	135
XVIII. Si las religiones se encuentran	141
XIX. Un año bajo el “signo de la mujer”	147
XX. Las aflicciones de los obispos liberales	153
XXI. Un tradicionalista desolado	157
XXII. Los caminos del itinerante (II)	163
XXIII. Un mundo que se olvidó de Dios	171
XXIV. El Señor en el estadio	175

XXV. Terapia para la Europa cristiana	181
XXVI. El humo de los teólogos	193
XXVII. El grito de la paz	199
XXVIII. El pueblo del cielo	203
XXIX. Hay correo del Vaticano	207
XXX. Los caminos del itinerante (III)	215
XXXI. El Gran Jubileo de 2000	239
XXXII. El viaje más deseado	265
XXXIII. La espera	277
Conclusión	281
Cronología de Karol Wojtyła	287
Sus encíclicas	294
Sus viajes internacionales	295
Índice de nombres	299

Este libro se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2004,
con una tirada de 3.000 ejemplares en Color Efe, Paso 192
(1870) Avellaneda, Buenos Aires, Argentina.